



Prácticas parisienses con "Frigo Mucho"

24 de febrero.

A usted, que, como buen fraile, tiene que ser ducho en apreciar las cosas del mundanal ruido, no puede extrañarle que el delirio poincarista, en vez de disminuir, aumente. El "18 de febrero" tuvo honores de fiesta cívica en honor de M. Poincaré, con motivo de su exaltamiento al primer puesto de la magistratura del país, y desde esa fecha han menudeado los homenajes al nuevo presidente y también a la nueva presidenta. La obsesión del poincarismo arrastra a incurrir en verdaderas nimbidades. Cuéntase, como una gran cosa, que M. Poincaré ha permitido que sigan tuteándolo sus antiguos condiscípulos y amigos, y que madame Poincaré ha hecho en el palacio del Eliseo la reforma de cambiar la cocinera que tenía allí la ex presidenta Fallières, por un cocinero. Tales acontecimientos no dejan de tener importancia en la marcha de las repúblicas. Henry Maret ha dicho que el nuevo presidente morirá de indigestión, tan numerosos son los banquetes a que tiene que asistir. Si no perece de embuchado, se quedará rojo de tanto bailar. Crónicas venezolanas refirieron que el general Castro viajaba con una charanga que tocaba danzas y "joropos" para que él bailase en las estaciones ferroviarias con las chicas que salían a saludarle y aclamarle. M. Poincaré no anda por ahí con charangas. Pero noche hay en que asiste, por cortesía, a tres o cuatro bailes en su honor. Diez mil personas concurren al baile del Hotel de Ville, cuyos salones, por las delirantes demostraciones en honor del jefe supremo del estado, van a necesitar una reparación extra; y digo extra porque de ordinario se gasta una veintena de miles de francos en reparar desperfectos al día siguiente de un saraío en el Ayuntamiento de París.

Dos joyas han faltado a la coronación, digámoslo así, de Poincaré: las felicitaciones de Guillermo II y Francisco José. De todos los demás soberanos y jefes de estado recibieron oportunamente; pero los emperadores de Alemania y Austria reservaron las suyas para después de la notificación oficial de la elección. De ello se quejan los franceses; pero parécesme que se quejan de vicio. No es política esta crónica; pero siendo general de París y Francia, algo hay que decir, aunque sea a la ligera, de la política del país con motivo de una elección presidencial que da tanto que hablar, y en un período verdaderamente histórico. M. Poincaré, para la mayoría de los franceses, simboliza las reivindicaciones galas contra Germania en un momento de reverdecimiento de "revanche" o desquite, cuando circulan por París folletos en que se vaticina el "Fin del imperio de Alemania en 1913, según varias profecías célebres, precisas y convergentes" ("sic"), y cuando

París, en su afán de negar a los alemanes hasta el modo de andar, ha llegado a decirles, por boca de "Le Matin", que no saben hacer la clásica berza tudesa que ellos llaman "choucroute"; y M. Poincaré, como si quisiera hacer bueno el símbolo que le han atribuido, lo primero que hizo al subir a la presidencia fué señalar a M. Delcassé, jurado enemigo de Alemania, para el transcendental puesto de embajador de Francia en Petersburgo, con protesta de periódicos berlineses como el "Reichsbote", quien considera que dicho nombramiento, en las actuales circunstancias, no sólo es un respuesta a los armamentos alemanes, sino también una provocación. No es Delcassé tan fiero como lo pintan—como lo demostró en la crisis de Agadir—y aunque anteriormente se había declarado "enemigo del Kaiser", son puerilidades parecidas a la del escritor que se declaró enemigo personal de Jesucristo. Pero es positivo que Francia, sin llegar a cristalizar sus ideas, busca camorra, y tantea la intención de sus aliadas y amigas, por lo que el "Times", de Londres, le ha dicho severamente: "Una nación fuerte como Francia debe tener la firmeza de alma de no contar más que con ella misma para resistir al invasor".

Y mientras está por resolver, bajo nieve y sobre charcos de sangre y lodo, el pleito turco-búlgaro, los pacifistas de París reuniránse en un banquete de la paz "para celebrar los beneficios de la fraternidad universal"; y estando en ello, atraeándose de firme, el presidente recibió una carta fantasmagórica de Ahmed Riza, ex presidente de la cámara otomana, diciendo:

"Pero hay todavía en Europa sociedades para recabar la paz! El año último, mis queridos amigos, yo era de los vuestros y me dejaba arrullar por vuestras esperanzas. Pero a la hora en que mi patria atra-



viese la más espantosa de las crisis, seríame demasiado doloroso sentarme en vuestro banquete. Prefiero, pues, abstenerme".

El pleito entre la sociedad burguesa y los anarquistas de última fila afiliados a la banda Bonnot se fallará definitivamente a fines de este mes. El antiguo libertario Sebastián Faure, que estuvo complicado en el famoso proceso de los Treinta, dió una conferencia pública, a dos francos la entrada, y con numeroso y selecto público, sobre "lo que él diría si tuviese que defender a los bandidos trágicos", y luego, en la audiencia, hizo la declaración siguiente:

"Señores:

Yo no sé de ningún proceso, máxime si se estudian los procederes de la policía, que se parezca más que se parece éste al proceso de los Treinta.

